

## 1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

### Llamamiento del Papa en favor de las misiones

Introducción.—El corazón misionero de san Juan Bosco.—San Juan Bosco soñó a los suyos en el Sur y en el Oriente.—Nuestra Congregación es misionera.—Mensaje del Papa en la encíclica *Redemptoris missio*.—El ardor en la misión procede del misterio de Dios.—La actividad misionera ocupa el primer puesto en la evangelización.—El misionero, invitado a renovarse sin desviarse.—Mirada a las misiones de San Juan Bosco hoy.—Espiritualidad salesiana para nuestros misioneros.—Todos, en comunión y participación activa.—El Señor prepara una nueva primavera de la fe.

Roma, 24 de febrero de 1991.

*Queridos hermanos:*

Os escribo en el clima litúrgico que nos dispone para vivir el misterio pascual de Cristo, a quien miramos como centro de nuestra existencia y de toda la historia humana. Él es el buen pastor, enviado por el Padre para dar vida a una Iglesia plenamente misionera en medio de las gentes. En ella ha suscitado también nuestra vocación como un carisma especial de evangelización.

Aprovechando la circunstancia de la reciente encíclica del Papa, quiero invitaros a reflexionar sobre nuestra dimensión misionera en la Iglesia.

En la última circular meditábamos juntos sobre el acontecimiento eclesial del último sínodo de los obispos, para prepararnos también a conmemorar los ciento cincuenta años de la ordenación sacerdotal de san Juan Bosco.

Ahora me parece oportuno entretenernos acerca de otro acontecimiento eclesial, como ha sido la publicación de la encíclica *Redemptoris missio*. Conviene que sintonicemos, en la oración y en la reflexión, con los acontecimientos orientadores de la Iglesia.

Esta encíclica trata un tema vital para todos los fieles; también a nosotros nos afecta de cerca.

Por otra parte, en la ciudad de Lima, capital de Perú, se acaba de celebrar con numerosa asistencia el COMLA-4 (cuarto congreso misionero latinoamericano), a fin de robustecer en aquellas naciones, culturalmente cristianas, el compromiso misionero. Es otro hecho que nos apremia a reflexionar sobre la importancia de las misiones.

También en nuestro XXIII Capítulo General se habló de la dimensión misionera de la Congregación, y se dio sintéticamente una orientación operativa para verificar y coordinar progresivamente las nuevas presencias salesianas en África<sup>1</sup>. Dicha orientación ya ha sido considerada detenidamente por el Rector Mayor con su Consejo y se han dado algunas disposiciones, que ya están en marcha<sup>2</sup>.

Este conjunto de circunstancias, además de los numerosos viajes misioneros —programados este año para el Rector Mayor y varios consejeros de sectores generales—, nos invitan a centrar la atención en un tema que es ciertamente vital. Nos hace vibrar con los compromisos más valientes asumidos por nuestra Congregación; pero también nos hace profundizar en un rasgo cualificante que el Papa nos ha recordado varias veces: el de ser, en todas partes, verdaderos misioneros de los jóvenes. Hay, en el término «misionero», algo que nos lleva a las raíces de la fe y nos hace percibir explícitamente el significado mismo de nuestra vocación salesiana.

Antes de entrar en los aspectos más substanciales de la encíclica, conviene que consideremos juntos de nuevo la dimensión misionera de nuestra Congregación (y familia). Esta característica es, entre nosotros, más que evidente; pero fuera no lo tienen tan claro. Así, por ejemplo, ciertos elencos, más o menos oficiales, no suelen incluirnos, con las relativas consecuencias, entre los institutos misioneros.

1. Cf. *Educar a los jóvenes en la fe: XXIII Capítulo General*, Roma [Madrid 1990], núm. 310.

2. Cf. *Actas del Consejo General*, núm. 335, enero-marzo 1991, pág. 58-59.

No estará de más considerar brevemente juntos, ante todo, el corazón misionero de san Juan Bosco y, después sus proféticos sueños misioneros, a fin de poder proclamar con razón la dimensión misionera de nuestra Congregación.

### El corazón misionero de san Juan Bosco

Podemos decir que san Juan Bosco puede figurar entre las filas de misioneros del siglo XIX, aunque no estuviera nunca personalmente en las misiones *ad gentes*.

3. E. CERIA, *Annali della Società Salesiana* I, SEI Turín, pág. 245.

«Cabe afirmar —escribe Eugenio Ceria— que la idea misionera creció con él»<sup>3</sup>. Es algo intrínseco a su proyecto vocacional de fundador y abarca toda su existencia: primeramente en estado embrional e inconsciente; después, gradualmente y de forma cada vez más clara y distinta.

Lo afirman, con términos más o menos claros o esfumados, don Pablo Álbera y el beato Felipe Rinaldi, que hacen remontar la visión misionera de san Juan Bosco al sueño de los nueve años.

Las misiones *ad gentes* —escribe el primero— «fueron siempre el anhelo más ardiente del corazón de Don Bosco; no temo equivocarme si digo que María Santísima Auxiliadora le había concedido, desde sus primeras manifestaciones maternas cuando aún era muy joven, una intuición clara... Nos hablaba continuamente de ello a sus primeros hijos, que, llenos de admiración nos sentíamos como arrebatados de santo entusiasmo... En torno a la cama de su querido Juanito Cagliero, moribundo, ve a los patagones que esperan de él la redención, le predice la curación y le revela en parte su futuro»<sup>4</sup>.

4. PABLO ÁLBERA, *Lettere circolari ai Salesiani*, Direzione Generale Opere Don Bosco, Turín 1956, págs. 123-133.

El beato Felipe Rinaldi, por su parte, afirma: «Al conmemorar aquel primer sueño de nuestro venerable Padre, hemos celebrado implícitamente el cen-

tenario del comienzo de la Obra salesiana; fue en aquella primera visión cuando podemos decir que fue consagrado como apóstol de la juventud, padre de una nueva familia religiosa y misionero de los pueblos no cristianos, pues suscitó en su corazón un anhelo vivísimo de vida religiosa y de evangelización de los infieles»<sup>5</sup>.

Realmente el ideal misionero, ya vivo en él al terminar sus estudios elementales<sup>6</sup>, se desarrolla y madura con el tiempo.

Concluido el período de formación pastoral en el instituto sacerdotal turinés de san Francisco de Asís (1844), piensa ingresar en los Oblatos de María Virgen, que habían abierto una floreciente misión en Indochina (Vietnam), a fin de poder ser pronto misionero. Se prepara rezando y estudiando alguna lengua. Su director espiritual, san José Cafasso, le deja hacer; pero en el momento oportuno le para con un «no decidido», logra que se quede en Turín y le encuentra un puesto en el colegio de la marquesa Barolo, donde podrá ocuparse de numerosos jóvenes. Obedece, y la Providencia lo guiará por sus caminos. El trabajo apostólico con los jóvenes, en vez de atenuar su llama misionera, le da una luz más viva y la viste de originalidad.

Sabemos que las empresas misioneras narradas en los Anales de la Propagación de la Fe<sup>7</sup> —una de sus lecturas preferidas— le impresionaban profundamente. ¡Eran muchas las almas que había que salvar, y él se sentía, de algún modo, corresponsable!

Desde 1848 el beato Miguel Rúa y otros le oyeron exclamar muchas veces: «Si tuviera muchos presbíteros y aspirantes al sacerdocio, me gustaría mandarlos a evangelizar la Patagonia y la Tierra del Fuego...»<sup>8</sup>.

Por aquellos mismos años se le vio mirar algún mapa y emocionarse ante el hecho de que «tantas regiones yacieran aún en la sombra de la muerte»<sup>9</sup>.

5. *Actas del Capítulo Superior*, año VI, 24 de junio de 1925, pág. 364.

6. Cf. *Memorias Biográficas* I, 328.

7. Cf. *Memorias Biográficas* III, 363.

8. *Memorias Biográficas* III, 363.

9. *Memorias Biográficas* III, 546; IV, 424.

Cuando, tras inenarrables sacrificios, puede finalmente lanzar sus misiones (1875: ¡la mayor empresa de nuestra Congregación!), su corazón misionero exulta y, aparentemente, ya sólo parece vibrar por ellas. Así lo atestiguan sus primeros sucesores. «En adelante —escribe don Pablo Álbera— las misiones fueron el corazón de su corazón; daba la impresión de que ya sólo vivía para ellas... Hablaba de ellas con tal entusiasmo, que quedábamos impresionados y fuertemente edificados por el ardor de su encendidísimo celo por las almas»<sup>10</sup>.

10. PABLO ÁLBERA, *Lettere circolari ai Salesiani*, Direzione Generale Opere Don Bosco, Turín 1956, pág. 134.

Con no menor intensidad, el beato Felipe Rinaldi, evocando recuerdos lejanos, se expresa así: «En su gran corazón se acumulaban, desde hacía muchos años, los ardores apostólicos de Francisco Javier, alimentados por una llama superior que le iba iluminando el porvenir mediante sueños... Para mí, creo que quizás ningún misionero ha sido propagandista más celoso e infatigable que él. Me parece ver de nuevo al amadísimo Padre, en los lejanos recuerdos de mi vocación salesiana, precisamente en los años de su mayor fervor misionero; la impresión que se me quedó grabada es indeleble: era un verdadero misionero, un apóstol devorado por la pasión de las almas»<sup>11</sup>.

11. *Actas del Capítulo Superior*, año VI, 24 de junio de 1925, pág. 367.

Pero san Juan Bosco no se contentó con vivir personalmente el ideal misionero; lo transmitió a su Congregación (y familia) como elemento constitutivo de su patrimonio espiritual y apostólico. El memorándum que envió el año 1880 al papa León XIII es explícito. «Las misiones extranjeras —dice— fueron siempre objeto anhelado de la Congregación salesiana»<sup>12</sup>.

12. *Memorias Biográficas* XIV, 624.

Quiso, pues, que su fundación fuera también, y de verdad, misionera *ad gentes*.

Vale la pena considerar, aunque sea brevemente, algunos sueños de san Juan Bosco que manifiestan con claridad su proyecto de Fundador.

## San Juan Bosco soñó a los suyos en el Sur y en el Oriente

San Juan Bosco tuvo muchos sueños: con razón se le ha llamado el Santo soñador.

Clasificarlos es un problema espinoso; mayor aún, interpretarlos. Hasta el día de hoy no disponemos al respecto de un estudio completo; ni es fácil hacerlo<sup>13</sup>.

Ello no significa, sin embargo, que algunos no tengan una importancia histórica y profética; daban cuerpo a un aspecto fundamental de su personalidad carismática y le impelían a empresas valientes, que humanamente eran inexplicables.

Al comentar el llamado «sueño del personaje de los diez diamantes»<sup>14</sup> dije que es posible hablar de los sueños de san Juan Bosco desde un punto de vista distinto y más vital que el crítico-científico aun siendo éste muy de desear para la necesaria seriedad de investigación. Se trata del nivel de influjo existencial en el ánimo del Fundador y en la vida de los suyos.

Algunos sueños se han de considerar como reveladores; no cabe explicarlos sólo mediante el análisis de la interioridad personal del Santo.

Santiago Costamagna —futuro obispo—, que había comprobado en América el valor carismático de varios sueños y que indudablemente veía en san Juan Bosco una personalidad profética, después de leer un sueño misionero de 1885 escribía a Juan Bautista Lemoyne para referirle una frase que le había dicho confidencialmente el buen Padre: «De todas las congregaciones y órdenes religiosas, quizá la nuestra es la que ha tenido más palabra de Dios»<sup>15</sup>.

Entre los llamados «sueños reveladores» hay cinco que se refieren precisamente a las misiones *ad gentes*:

13. Cf. FAUSTO JIMÉNEZ, *Los sueños de Don Bosco*, ed. CCS, Madrid, 1989.

14. *Actas del Capítulo Superior*, año VI, 24 de junio de 1925, pág. 367.

15. *Memorias Biográficas* XVII, 305.

- uno sobre la Patagonia, tenido en 1872: le sirvió para decidirse a empezar las misiones;
- otro que describe un viaje por América, tenido en 1883: presenta muchos datos desconocidos no sólo para Don Bosco, sino también para los estudiosos de su época;
- el tercero, sobre el cono sur de América, tenido en 1885, es el que movió a Santiago Costamagna, que ya estaba allí, a referir las palabras que acabamos de citar;
- el cuarto, sobre África, Asia y Oceanía, también de 1885: hoy lo consideramos con especial admiración, pues vemos ya bien desarrollada su prodigiosa realización;
- y el quinto, sobre el viaje «aéreo» de Valparaíso a Pekín, tenido en 1886: personalmente lo he querido controlar de algún modo geográficamente en diversos viajes, para invitar a todos a abrir con esperanza nuestro ánimo al «proyecto China»<sup>16</sup>.

16. *Actas del Consejo General*, núm. 323, octubre-diciembre de 1987.

Estos sueños misioneros nos ayudan a conocer la mente de nuestro Fundador, a captar la grandeza de su espíritu y la audacia de sus empresas. En ellos se ve colocada, sin lugar a duda, nuestra Congregación entre los grupos eclesiales comprometidos, en cuanto tales, en las misiones *ad gentes*; y exactamente en el Sur y en el Oriente, de que habla la encíclica. Profetizan la fecundidad vocacional en los autóctonos y ¡abren espacios de futuro que se podrán comprobar dentro de quinientos años!<sup>17</sup>.

17. Cf. *Memorias Biográficas* XVII, 645.

El tiempo transcurrido desde la primera expedición misionera (1875) hasta hoy demuestra la realización de tales sueños, aun permaneciendo siempre abiertas las fronteras de crecimiento, particularmente en China, donde las misiones salesianas empezaron con éxitos inesperados y se tiñeron en la sangre de nuestros primeros mártires.

Son sueños que —hecho quizá único en la historia— trazaron, con una anticipación de varios decenios, el recorrido que después habrían de seguir los suyos. No sin razón actualmente se ve a san Juan Bosco, en las más heterogéneas regiones del globo, como presencia anticipadora y paterna, como amistad cultural y protección poderosa.

En mis numerosos viajes intercontinentales he podido verificar de algún modo, y no pocas veces, el alcance profético de tales sueños, que siguen teniendo un estimulante hechizo de futuro. Lo he comprobado en América, en África y Madagascar, en Asia, Japón y Filipinas, en Australia y Oceanía. Los salesianos de esas regiones leen aquellos sueños como providenciales mensajes proféticos. En algún caso se me ha invitado incluso a resolver encendidos debates sobre ciertas precisiones geográficas...

Son sueños que han influido verdaderamente, y siguen haciéndolo, en la vida misionera de nuestra Congregación. A su modo confirman un aspecto constitutivo de la vocación salesiana en la Iglesia.

### Nuestra Congregación es misionera

La mente y el corazón de nuestro Fundador así como la tradición vivida ininterrumpidamente en su familia confirman con claridad que la dimensión misionera es un rasgo esencial de nuestro carisma<sup>18</sup>.

Las misiones *ad gentes* no son simplemente, para los Salesianos, un conjunto de obras como las demás, con la única diferencia de que están en países lejanos o de culturas diferentes: no, no. Son, mucho más profundamente, un aspecto constitutivo,

18. Cf. *Constituciones*, art. 30.

una dimensión peculiar de nuestra identidad de Salesianos de don Bosco en la Iglesia. Es verdad que en el Anuario pontificio nuestra Congregación no figura entre los «Institutos misioneros» en sentido estricto, o sea, entre los que sólo se dedican a misiones extranjeras; sin embargo, en ella, y precisamente en cuanto institución eclesial, nuestro Fundador quiso un verdadero compromiso de misiones *ad gentes*. Su proyecto fue verdaderamente providencial. Hoy debemos reconocer que las misiones han sido el instrumento histórico para universalizar y enculturar el carisma salesiano en el mundo. Es un mérito grande.

Entre nosotros se han cultivado, desde el principio, las vocaciones misioneras en sentido estricto, o sea, el cuidado de los salesianos —no pocos— enriquecidos con la vocación especial que es la nota característica de todo verdadero misionero. Dicha vocación especial no es en ellos algo excepcional con respecto a los demás salesianos, sino la expresión más viva y generosa de la vocación de todos, ya que manifiesta una condición interna de la índole propia del carisma común; todo salesiano está, de por sí, disponible, en diálogo de obediencia, para ser enviado como misionero.

Hace ya más de cien años que comenzamos nuestras misiones en América; cincuenta años después nos dirigimos a Asia, y últimamente, ¡pasados otros cincuenta!, nos hemos comprometido fuertemente, en cuanto proyecto de conjunto, en África. Podemos decir que, como sugiere el Papa, nos hemos dirigido hacia el Sur y hacia el Oriente<sup>19</sup>, donde se constata el mayor crecimiento demográfico de la humanidad: mucha juventud y gran pobreza.

Nuestras misiones demuestran, en tres grandes etapas sucesivas de ámbito mundial, la concreta opción preferente de la Congregación por los jóvenes pobres y necesitados.

19. Cf. *Redemptoris missio*  
40.

En los dos últimos decenios ha habido, entre nosotros, un relanzamiento misionero. Es una iniciativa providencial que está reavivando el carisma y nos proyecta con esperanza hacia el futuro. En la circular sobre nuestro compromiso africano<sup>20</sup>, os decía que la apertura de este nuevo frente misionero era inherente a nuestra tradición de vida y portadora de inestimables bendiciones del Señor. Estamos viendo confirmada tal afirmación. El compromiso misionero nos está librando de los peligros del aburguesamiento, de la superficialidad espiritual y de un trabajo indeferenciado. En las misiones sentimos el gusto de los orígenes, experimentamos la permanente validez del criterio oratoriano, y nos parece que san Juan Bosco cobra nueva vida en la autenticidad primigenia de su misión juvenil y popular.

El XXIII Capítulo General nos hace dirigir la atención particularmente al proyecto África; pero aquí deseo invitaros a reflexionar simultáneamente sobre los demás frentes misioneros, alguno de los cuales son expresión de iniciativas recientes, como las «misiones de altura» en América, las de Papuasias e islas Samoa, la apertura a Indonesia y Camboya y, con esperanza y preparación, el regreso al inmenso continente chino.

En cuanto al compromiso africano, podemos decir que estamos comenzando una nueva etapa, caracterizada por una más clara y creciente conciencia de inserción en la cultura de aquellos pueblos, por la consolidación y desarrollo de las obras actuales, por una cada vez más apropiada praxis de evangelización de la juventud y, particularmente, por el cultivo de las vocaciones locales y su adecuada formación mediante la creación de las estructuras necesarias. Se está dando un gran paso adelante, que debería ayudarnos a revisar y profundizar el significado de toda nuestra labor.

Para proceder con sabiduría, prudencia y eficacia

20. *Actas del Consejo Superior*, núm. 297, julio-septiembre de 1980.

en esta nueva etapa, conviene reforzar, no sólo en quienes trabajan directamente, sino también en todos los salesianos, una mentalidad misionera más genuina.

La ocasión nos la brinda la reciente e importante encíclica sobre las misiones. El precisar lo que es, todavía hoy, la actividad específicamente misionera da profundidad y concreción al significado de toda la nueva evangelización: se trata, para todos, de meditar a fondo sobre la autenticidad de la fe: la del apóstol y la del catecúmeno.

El Santo Padre insiste en afirmar que la finalidad interna de la encíclica es, en último término, «la renovación de la fe y de la vida cristiana, ya que la misión renueva a la Iglesia, robustece la fe y la identidad cristiana, y da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones»<sup>21</sup>.

21. *Redemptoris missio* 2.

Procuremos aprovechar estas reflexiones y orientaciones magisteriales. En todos nosotros hay una raíz misionera que exige a nuestra fe el esfuerzo de transmitirla. También el XXIII Capítulo General nos recuerda que nuestro apostolado va «de [nuestra] fe a la fe [de los jóvenes]» bajo el impulso de la espiritualidad salesiana que nos mueve a lo largo del camino.

Juan Pablo II, por su parte, recuerda a todos que «la fe se fortalece dándola»<sup>22</sup>.

22. *Redemptoris missio* 2.

### Mensaje del Papa en su encíclica *Redemptoris missio*

Aprovechando el veinticinco aniversario del decreto conciliar *Ad gentes* (diciembre de 1965), el Santo Padre ha publicado la encíclica *Redemptoris missio* para afirmar con claridad la validez permanente del mandato misionero en la Iglesia. Es una gran llamada del Papa a afrontar con mayor responsabilidad las misiones *ad gentes*. Ofrece, ade-

más, reflexiones y aclaraciones que tienen en cuenta la importante evolución de los últimos decenios.

El título nos lleva a la llamada dirigida a todos por Juan Pablo II al comenzar su pontificado: «¡Abrid las puertas a Cristo!» Voz que después tuvo un comentario amplio en su primera encíclica — *Redemptor hominis*—, donde afirma que el «primer camino de la Iglesia» es el hombre viviente. A estas y otras llamadas, el Papa ha añadido después su testimonio personal en el modo de ejercer el ministerio de Pedro. Con razón se le ha definido, debido a sus numerosos viajes apostólicos, el primer misionero del mundo.

Cabe decir que la exhortación a abrir las puertas a Cristo es el hilo conductor de todo su pontificado. En particular, constituye el primer gran objetivo de esta nueva encíclica. «La misión de Cristo Redentor —dice el Papa al principio—, confiada a la iglesia, está aún... en su comienzo y... debemos comprometernos en ella con todas nuestras fuerzas»<sup>23</sup>. Basta mirar a la humanidad contemporánea: de un total de más de cinco mil millones de habitantes, sólo la tercera parte conoce a Jesucristo, y de ésta sólo el 18 por 100 afirma que es católico, y, entre los católicos, no todos son verdaderos creyentes. En el continente asiático, donde vive el 60 por 100 de la humanidad, los bautizados no llegan al 2 por 100. Y, un poco en todas partes, aumenta más rápidamente el número de quienes no lo conocen que el de los que le siguen.

Urge, por tanto, relanzar la preocupación misionera, que estimulará a renovar todas las tareas de evangelización y presentará a la Iglesia como verdadero sacramento de salvación en el mundo.

La encíclica tiene en cuenta la evolución ocurrida y abre nuevas perspectivas. Podemos indicar algunas: la novedad conciliar del denso contenido teológico de la misión, la novedad de diferenciar la acti-

23. *Redemptoris missio* 1.

vidad específicamente misionera tanto en relación con la atención pastoral a los fieles como con la reevangelización de los países de antigua tradición cristiana actualmente en acelerada secularización; la novedad de los criterios para describir específicamente la actividad misionera: no sólo criterios geográficos, sino también sociológicos y culturales; la novedad del relieve dado a las Iglesias jóvenes que todavía necesitan maduración; la novedad de incluir las tareas de promoción para el desarrollo de los pueblos formando las conciencias.

La encíclica nos viene a decir, efectivamente, que la actividad misionera ayuda a la Iglesia a responder al inmenso reto de un giro de época, nunca visto hasta ahora a lo largo de los siglos por su amplitud, hondura y celeridad. En este giro actual el compromiso misionero aparece como «la actividad primaria de la Iglesia, esencial y nunca concluida»<sup>24</sup>.

24. *Redemptoris mis-*  
*sio* 31.

Os invito a todos y cada uno a leer con atención este documento pontificio. Aquí vamos a reflexionar juntos sobre algunos aspectos que nos ayuden a sintonizar valientemente con el corazón misionero de san Juan Bosco.

### **El ardor misionero en la misión del misterio de Dios**

El concepto de misión está en la base de toda la renovación eclesiológica suscitada por el concilio Vaticano II; se relaciona íntimamente con la naturaleza misma de la Iglesia, cuerpo histórico del misterio de Cristo, pues la dimensión misionera tiene su raíz en las misiones trinitarias: en la del Verbo enviado por el Padre a hacerse hombre y, mediante la resurrección de Cristo, en la del Espíritu Santo. La Iglesia, sacramento universal de salvación, armoniza orgánicamente en sí misma ambas misiones tri-

nitarias y se convierte en la gran evangelizadora de todos los pueblos.

El Concilio, al proclamar la naturaleza misionera de la Iglesia, especialmente en la constitución *Lumen gentium* y en el decreto *Ad gentes*, afirma la extraordinaria vitalidad de este su dinamismo innato, especialmente con respecto al actual cambio de época, «del que están surgiendo nuevas condiciones para la humanidad»<sup>25</sup>. No sólo hay en el mundo una cultura emergente, que en sí misma no nace cristiana; también los pueblos están en movimiento y el número de los hombres que no conocen a Cristo no deja de aumentar; los horizontes y posibilidades del compromiso misionero se amplían continuamente. La actividad misionera de la Iglesia está muy lejos de haber terminado; más aún —como afirma el Papa—, no ha hecho más que empezar. Los últimos confines de la tierra de que habla el Evangelio no son simplemente geográficos; podemos decir que, en vez de acercarse, se alejan. De aquí la urgencia misionera. Todos los creyentes están invitados a levantar su mirada al inmenso horizonte del mundo no cristiano<sup>26</sup>.

Esta visión conciliar ha infundido a la Iglesia un ardor nuevo. De algún modo ha hecho que la consideración de las misiones *ad gentes* desemboque en el único y fundamental cauce de la misión de evangelizar, propia de todo el pueblo de Dios, incorporando así orgánicamente la misiología en la ecle-siología. Lo cual ha servido para iluminar mejor toda la actividad evangelizadora de la Iglesia reforzando las estrechas relaciones que deben cultivar hacia el hombre contemporáneo, a cuyos apremiantes retos tiene que saber dar una respuesta de salvación.

En esta perspectiva global es donde ha nacido la necesidad de la nueva evangelización que guía hoy toda la renovación de la acción eclesial. Todo tiene su raíz en las misiones trinitarias, que se en-

25. *Ad gentes* 1.

26. Cf. *Redemptoris missio* 40.

carnan y se funden históricamente en la única y fundamental misión de la Iglesia.

### La actividad misionera ocupa el primer puesto en la evangelización

Frente a la visión unificadora del Concilio, no ha faltado quien se preguntara si era aún necesario hablar de actividad misionera específica. ¿No bastaría referirse simplemente al carácter misionero inherente a toda actividad eclesial?

Ciertamente hay que reconocer que, si la misión de la Iglesia es única, debe estar presente de un modo concreto en cada una de las actividades eclesiales. De lo cual, sin embargo, no se deduce que tengan que identificarse entre sí todas ellas. La encíclica se orienta decididamente a afirmar que sigue siendo fundamental e imprescindible la actividad de las misiones *ad gentes*. «Hay que precaverse —afirma— contra el peligro de igualar situaciones muy distintas y de reducir, cuando no de eliminar, la misión y los misioneros *ad gentes*»<sup>27</sup>.

27. *Redemptoris missio* 32.

El decreto conciliar ya había dicho que la diferenciación en las actividades de evangelización no nace de la naturaleza eclesial de la misión, que es siempre la misma en su identidad de fondo, sino que proviene de las condiciones existenciales de los destinatarios. Dichas condiciones dependen a veces de la Iglesia, pero también de los pueblos, grupos u hombres a quienes va dirigida la misión<sup>28</sup>. Así, en el cauce de la única misión, se distinguen varias actividades evangelizadoras. Todo es evangelización —más aún, después del Concilio todo tiene que ser nueva evangelización<sup>29</sup>; pero hay que distinguir entre sí algunas actividades que tienen características peculiares.

28. Cf. *Ad gentes* 6.

29. Cf. *Actas del Consejo General*, núm. 331, octubre-diciembre de 1989.

Ya el decreto *Ad gentes* hacía la distinción entre

la actividad misionera específica, la pastoral —cuyo objeto son los fieles— y la ecuménica, encaminada a recomponer la unidad de los cristianos<sup>30</sup>.

30. Cf. *Ad gentes*.

La reciente encíclica presenta, en general, tres formas distintas de actividad evangelizadora: a) la misionera, en pueblos que no conocen a Cristo; b) el cuidado pastoral de los fieles cristianos, y c) la nueva presentación del Evangelio en países de antigua tradición cristiana ahora secularizados.

Los límites entre esas tres modalidades no son claramente definibles. Ciertamente estas actividades no se identifican entre sí, ni se excluyen recíprocamente como si cada una de ellas pudiera aislarse en una especie de comportamiento estanco; son intercomunicantes, pero con una condición: que la actividad específicamente misionera signifique también para las otras la expresión primera y cualificante de toda la evangelización. «Sin ella, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar»<sup>31</sup>. Su descuido o debilitación demostraría falta de celo, y sería una señal de crisis de la fe.

31. Cf. *Redemptoris missio* 33-34.

Así, según la visión conciliar de la única misión, distinguir de las otras actividades la específicamente misionera, en vez de debilitarla o posponerla, refuerza su identidad y consistencia, y pone nuevamente de manifiesto su alto valor de servicio —el primero—, que constituye el fundamento y el alma dinámica también de las otras.

Pero, ¿cómo precisar hoy día lo propio de las misiones *ad gentes*? Aquí se plantea una problemática nada fácil; de todos modos, hay elementos que ayudan a juzgar las diferentes situaciones; sirven, sobre todo, para afirmar como principio de fondo la importancia de dos aspectos relacionados entre sí: es decir, que todas las actividades evangelizadoras proceden de la única misión de la Iglesia, y que

la actividad específicamente misionera es raíz y primer estímulo de las otras.

La encíclica ahonda, de forma sistemática y bien cuidada, en el significado de la actividad misionera en sentido específico. «Ésta —afirma— se distingue de las demás actividades eclesiales, porque se dirige a grupos y ambientes no cristianos, debido a la ausencia o insuficiencia del anuncio evangélico y de la presencia eclesial»<sup>32</sup>. Su objetivo central es fundar comunidades cristianas «suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos»<sup>33</sup>.

Se toman, pues, en consideración también los aspectos sociales y culturales: «Se trata de una tarea considerable y larga, de la que resulta difícil indicar las etapas precisas con que termina la acción propiamente misionera y se pasa a la actividad pastoral»<sup>34</sup>.

Al criterio geográfico con que solían delimitarse las tierras de misión —y que en parte sigue siendo válido (la encíclica habla de Sur y de Oriente)— se añade ahora un criterio de orden sociológico, que tiene en cuenta algunas grandes transformaciones que caracterizan hoy el devenir social (tales como la explosión demográfica en algunos pueblos, el mundo juvenil y el del trabajo, la urbanización y las migraciones, los refugiados y exiliados, etc.), y, por último, también un criterio propio de la cultura que emerge, donde aparecen —como se expresa la encíclica— «arcópagos modernos» (refiriéndose simbólicamente, con san Pablo, al arcópagos de Atenas, que representaba el centro cultural de los ciudadanos), tales como la vasta área de la comunicación social, de la promoción de la mujer, de la solidaridad internacional, de los compromisos por la paz, la liberación y la justicia, la compleja área de la investigación científica, etc. Al considerar los criterios presentados por la encíclica, se ve inmediata-

32. *Redemptoris missio* 34.

33. *Redemptoris missio* 33.

34. *Redemptoris missio* 48.

mente que la actividad misionera es hoy día multi-forme y dúctil; ya no es posible limitarla al área territorial ni reducirla a una visión de sabor romántico con selvas y soledades... Hay —dice la encíclica— «un trastocamiento tal de situaciones religiosas y sociales, que resulta difícil aplicar concretamente determinadas distinciones y categorías eclesiales a que estábamos acostumbrados»<sup>35</sup>.

35. *Redemptoris missio* 32.

La diversidad sociológica y cultural, sin embargo, no hacen perder las notas substanciales que caracterizan y distinguen la actividad misionera frente a la pastoral y a la reevangelización de grupos secularizados.

A nosotros nos interesa profundizar no poco esta elasticidad en el concepto de la actividad específicamente misionera aplicada a nuestro carisma. Por ahora nos basta saber que la encíclica asegura su permanencia y que, más aún, «todavía está en sus comienzos»<sup>36</sup>. Antes de seguir adelante, interesa poner de relieve algunas dimensiones nuevas muy positivas, en torno a las que la encíclica disipa algunas dudas y ambigüedades que han surgido y la acompañan.

36. *Redemptoris missio* 30.

### **El misionero está invitado a renovarse sin desviarse**

Entre las novedades que la encíclica aprecia y pone de relieve, hay tres particularmente significativas: la visión conciliar del reino de Dios, más amplia que la de Iglesia; el proceso de personalización, que profundiza los valores de la subjetividad, evitando en la actividad evangelizadora todo lo que sepa a proselitismo, y los nuevos y exigentes valores del ecumenismo, del diálogo interreligioso y de la necesidad urgente de enculturar el Evangelio.

Son perspectivas recientes que entran a formar parte importante de la nueva evangelización y deben asumirse en toda actividad apostólica de la Iglesia.

Así, el misionero está llamado a renovarse siguiendo la órbita del Vaticano II: debe saber incorporar a su actividad evangelizadora los valores creaturales del Reino; debe seguir una metodología capaz de mover la libertad y la conciencia personales; debe evitar los tonos polémicos y apologéticos y dar cabida a un inteligente y bien preparado diálogo interreligioso. Ya no puede contentarse con una especie de sacramentalismo mágico.

Como todas las novedades, también las señaladas han traído consigo ambigüedades y han hecho surgir dudas hasta ahora inéditas.

La encíclica ofrece una valiosa iluminación para esclarecerlas. En efecto, han aparecido al respecto interpretaciones superficiales que, en vez de renovar, pretenderían marginar y debilitar acá y allá, aunque de modos diferentes, la misma actividad misionera.

Nos interesa seguir la encíclica en el esclarecimiento de las tres novedades indicadas más significativas.

• *Peligro de favorecer un sentido reductivo del Reino*

El concilio Vaticano II propuso una distinción necesaria entre Iglesia y reino de Dios<sup>37</sup>. «La realidad incipiente del Reino puede encontrarse también en la humanidad entera, más allá de los confines de la Iglesia; es más, el pueblo de Dios tiene la misión de coordinar y perfeccionar también los valores evangélicos de las culturas y del orden temporal según el misterio de Cristo, pues la Iglesia es germen e inicio del Reino en la historia<sup>38</sup>.

Esta explícita visión conciliar asegura un horizonte más amplio de la actividad misionera y nos sirve para poner de relieve el estilo salesiano de intercambio y mutua relación circular entre evangelización y promoción humana.

Algunos, sin embargo, interpretando mal esa distinción, han ido presentando durante estos años una

37. Cf. *Lumen gentium* 5.

38. Cf. *Lumen gentium* 5.

concepción secularista del Reino. Centran su atención en los valores humanos del orden temporal y no dan el valor que le corresponde a la misión específica de la Iglesia, porque —dicen— hay que evitar todo tipo de eclesiocentrismo. Mientras profundizan los valores del orden de la creación —cosa evidentemente positiva—, pasan por alto el misterio de Cristo Redentor; lo cual desnaturaliza el Cristianismo. Al evidenciar sólo las riquezas de la laicidad en la realidad histórica de las culturas, llegan a concluir que lo que cuenta son «los programas y luchas por la liberación socioeconómica, política e incluso cultural» con miras a un progreso puramente terreno<sup>39</sup>.

Con esta óptica ideologizada se margina la actividad específicamente misionera: el primer objetivo que habría que lograr ya no sería el anuncio de Cristo, sino la justicia social, sobre todo en los pueblos más necesitados. Es un peligro que debemos evitar. Aunque no basta evitarlo; el misionero tiene que saber incorporar la novedad de esta visión conciliar en su actividad de enviado del Señor.

La nueva evangelización, en efecto, se compromete a valorar más el misterio de la creación<sup>40</sup>. Esto evidentemente hay que hacerlo en correlación plena e imprescindible con el misterio de la redención, iluminando la novedad del Evangelio y la necesidad histórica y teologal de la cruz<sup>41</sup>. El reino de Dios —afirma el Papa— «no es un concepto, doctrina o programa sujeto a libre elaboración, sino, ante todo, *una persona* que tiene el rostro y nombre de Jesús de Nazaret, imagen de Dios invisible»<sup>42</sup>. En él y por él la nueva evangelización subraya con fuerza la dimensión social de la caridad<sup>43</sup>. Es precisamente el misterio de Cristo lo que salva y da valor al orden temporal. El Concilio recordaba explícitamente que «la obra redentora de Cristo, aunque de suyo se refiere a la salvación de los hombres, se propone

39. *Redemptoris missio* 17.

40. Cf. *Actas del Consejo General*, núm. 331, octubre-diciembre de 1989.

41. Cf. *Relación final del Sínodo '85*.

42. *Redemptoris missio* 18.

43. Cf. *Aguinaldo 1991*, Comentario del Rector Mayor, don Egidio Viganó.

44. *Apostolicam actuositatem* 5; cf. 7.

también la restauración de todo el orden temporal... [impregnándolo y perfeccionándolo] con el espíritu evangélico»<sup>44</sup>.

Del misterio de Cristo —creador y redentor— nace y crece, por ejemplo, la vocación y misión de los seculares en el mundo y la necesidad de saber formar adecuadamente sus conciencias. ¡Qué horizontes de novedad se abren aquí para la actividad del misionero!

La visión correcta del Reino no margina ni posterga la actividad misionera, sino que exige su realización más actualizada. Es decir, una perspectiva auténtica de la realidad histórica del Reino, en vez de debilitar los fundamentos y objetivos de la labor misionera, los fortifica y amplía, e ilumina nuestro «evangelizar educando».

• *La tentación de no trabajar por la conversión y el Bautismo*

Otra ambigüedad que disipa la encíclica es la tentación de reducir el Cristianismo a una especie de religión equivalente: una de tantas. Y, dado que en toda religión existiría la posibilidad de salvación, ya no tendría sentido la actividad que busca las conversiones. Quien ha crecido en una cultura ajena al misterio de Cristo, pero imbuida de cierta religiosidad, no debería verse turbado en sus creencias, sino ayudado a crecer en ella para robustecer su transcendencia religiosa; invitarlo a la conversión sería proselitismo y amenaza a su dignidad de persona. Así, el respeto a la libertad y a la conciencia excluiría la actividad misionera, en cuanto que tendencialmente se orienta a la conversión.

Hay más: incluso en el caso de conversiones personales a Cristo, este hecho no debería llevar consigo, en cuanto conclusión necesaria, la administración del Bautismo, que en algunos casos concretos es objeto de sospechas sociales; de esa forma, ya

no sería necesario para la salvación; Dios supliría mediante los elementos positivos de las distintas religiones. Tal interpretación debería ser ofrecida a los misioneros como una puesta al día antropológica que habrían de tener presente en sus programaciones.

La encíclica hace reflexionar sobre la total originalidad del Cristianismo, que no es simplemente una religión, nacida de la búsqueda humana, sino una fe que desciende de lo alto a través de acontecimientos históricos. Ninguna religión humana es, por sí misma, portadora de salvación; únicamente lo es el acontecimiento Cristo: «Nadie va al Padre, sino por mí»<sup>45</sup>. La buena noticia de este acontecimiento histórico no es una concepción cultural ajena a las diversas mentalidades de los pueblos que no la hayan recibido, sino un hecho que les pertenece también a ellos y que incluso necesitan urgentemente. De ahí la importancia misionera del primer anuncio; no se puede estar callado. «No tengo más remedio —exclama san Pablo— y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!»<sup>46</sup>. Todos pueden percibir, de algún modo, el misterio de Cristo: no lo explicamos mediante conceptos abstractos, sino narrando los acontecimientos reales de su vida: nace, hace el bien, enseña la verdad, sufre, muere, vive. No hay ninguna estructura cultural que impida captar esta buena noticia, que es imprescindible a toda persona y pertenece a cada uno de los pueblos. La fe se centra íntegramente en la realidad histórica de Jesucristo; sólo en él se sabe quién y cómo es Dios, sólo a través de él existe un camino de salida: «Ningún otro puede salvar»<sup>47</sup>.

Este dato objetivo es precisamente lo que constituye el motivo fundamental de que la Iglesia sea misionera por naturaleza.

La encíclica hace ver por qué el anuncio y el testimonio de Cristo, presentados de modo respetuoso con las conciencias, son algo que se ofrece a la li-

45. *Juan* 14, 6.

46. *1 Corintios* 9, 16.

47. *Hechos de los Apóstoles* 4, 12.

48. Cf. *Redemptoris missio* 7.

49. Hechos de los Apóstoles 2, 37-38; 3, 19.

50. Cf. *Mateo* 28, 19.

51. Cf. *Redemptoris missio* 46, 47.

bertad del hombre para favorecer y perfeccionar su dignidad<sup>48</sup>. La conversión a Cristo es un don de Dios; todo individuo tiene derecho a él, porque todos están llamados personalmente, mediante su propia existencia, a la salvación. Pedro y los Apóstoles proclamaban explícitamente la necesidad de volverse hacia Cristo: «¡Convertíos!»<sup>49</sup>.

Ahora bien, Jesucristo relacionó la conversión con el sacramento del bautismo<sup>50</sup>. Separarlo de ella significaría oscurecer el significado genuino de la fe cristiana; Cristo quiso permanecer de modo concreto en la historia, para bien del hombre, por medio de la Iglesia como su cuerpo sacramental, portador de todos los elementos vitales de la salvación y lugar donde es posible encontrarse con él de modo seguro y frecuente.

El Bautismo es el gran sacramento de la fe; incorpora a cada uno, de forma objetiva y orgánica, a la Iglesia en cuanto cuerpo de Cristo ahora y aquí<sup>51</sup>. Es verdad que en torno a la celebración del Bautismo pueden acumularse modalidades sociológicas, y acaso hasta superticiosas; pero esto puede brindar, en todos los casos, una razón más para iluminar mejor su naturaleza y su indispensabilidad teologal.

Así pues, la actividad misionera meditada con atención y relanzada con los criterios de la eclesiología conciliar, está llamada a renovar sus métodos, incluso teniendo en cuenta la profundización de la subjetividad y de las características de toda cultura; debe contar con la conciencia y con la libertad. Pero precisamente por eso se siente estimulada por Cristo y por la praxis de la Iglesia a invitar, con inteligente pedagogía, a la conversión de los individuos a Cristo, acompañada de una conveniente preparación al Bautismo, en cuanto sacramento de la generación a la novedad de vida que incorpora a

la comunidad de los creyentes para la edificación de la Iglesia local.

• *Los peligros de un relativismo religioso*

El hecho de que después del Concilio se hayan intensificado el ecumenismo entre las distintas denominaciones cristianas —por las riquezas bautismales comunes— y el diálogo con las otras religiones —sobre todo, el Budismo, el Hinduismo y el Islam, en atención a las semillas de verdades evangélicas que hay en ellas— ha llevado a algunos a suponer que la actividad misionera específica quedaría casi sustituida, en tales regiones, por apropiadas relaciones interreligiosas. Considerando, además, que varias religiones están fuertemente encarnadas en las culturas de los pueblos que las profesan, se sugiere que para enculturar la fe cristiana en dichos pueblos sería necesario saber aceptar sus muchas modalidades de vida, incluso en aspectos delicados del comportamiento personal, familiar y social, pensando —lo cual es también verdad— que el Evangelio no es propiamente una moral.

La encíclica pone en guardia contra semejantes interpretaciones, que desnaturalizan la actividad misionera de la Iglesia.

Ante todo, el ecumenismo hay que entenderlo y asumirlo en profundidad. No se puede identificar sin más con los encuentros de diálogo y las relaciones de cierta colaboración, aun admitiendo que éstas son expresión de su naturaleza. Tales iniciativas pueden resultar bien en unas regiones y no tan bien en otras; pueden, además, tener defectos. El ecumenismo lanzado por el Concilio lleva consigo un cambio personal de mentalidad, una actitud de búsqueda de la verdad, inherente a la concepción misma de la nueva evangelización; es «una dimensión fundamental de todas las actividades de la Iglesia».

Requiere una formación adecuada en todos, incluidos los misioneros, para profundizar y considerar de nuevo el Evangelio con una mentalidad de comprensión de las demás iglesias desde la convicción de la propia identidad católica. Ello implica una formación especial del creyente que, en vez de hacerlo polemista, lo capacite para la búsqueda de los puntos comunes en la verdad y en el diálogo; dicha formación enriquecerá también el modo de realizar la actividad misionera, valorando las riquezas comunes del Bautismo y de la Escritura; como es obvio, hay que saber evitar caer en un deletéreo irenismo, sobre todo cuando se trata de sectas más movidas por una vaga religiosidad que por la verdadera fe en Cristo.

En cuanto al diálogo con las otras religiones, se trata de una actitud semejante a la del ecumenismo, con respecto a los valores positivos de toda religión. Requiere conocimiento de las religiones y relaciones de diálogo; saberlas entablar lleva ciertamente a un enriquecimiento mutuo. No se trata simplemente de cambiar de táctica, sino de comprender que también en las otras religiones existen las llamadas «semillas del Verbo», que pueden crecer y fructificar en plenitud con la ayuda de la oración y por el poder del Espíritu Santo. Con razón afirma la encíclica: «Las otras religiones constituyen un desafío positivo para la Iglesia; en efecto, la estimulan tanto a descubrir y a conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu, como a profundizar su propia identidad y a testimoniar la integridad de la Revelación, de la que es depositaria para el bien de todos»<sup>52</sup>.

52. *Redemptoris missio* 56.

No es fácil tener esta mentalidad ni la correspondiente capacidad de diálogo; sin embargo, no cabe duda de que es una actitud inherente a la nueva evangelización lanzada por el Vaticano II y que, por

tanto, debe ser parte constitutiva de la renovada actividad misionera de la Iglesia.

Por otro lado, hay que dedicarse valientemente a enculturar la fe, aunque evitando interpretarla de forma superficial, llevarla adelante sin el debido discernimiento y, por ligereza, prescindir de los criterios de comunión con la Iglesia local.

En toda cultura, y en la religiosidad humana que la impregna, hay también, junto a muchos valores, una serie de defectos y errores. Puede haber, en particular, una visión precristiana, que no tiene en cuenta la aportación histórica del acontecimiento de Cristo; consiguientemente, se trata no sólo de una cultura plurimilenaria, rica en experiencia humana, sino también de un pensamiento religioso parado «hace dos mil años», en cuanto que le falta la experiencia de la fe iniciada en Cristo. Si, por una parte, la Iglesia se ve apremiada a enculturar el Evangelio en la variedad de las Iglesias locales, por otra está enviada por Cristo a «evangelizar las culturas» y, por tanto, a discernir los valores y a purificar lo que no lo son. Este segundo aspecto lleva consigo también incomprendiones, dificultades y persecuciones: ¡todos los Apóstoles murieron mártires! El misterio de la encarnación del Verbo nos muestra la audacia y el realismo de haberse hecho verdadero hombre; pero nos habla también de la valentía del testimonio y de la paciencia (pasión y muerte) al proclamar la verdad salvífica. Cristo corrige y purifica, siempre en coherencia con su identidad de Salvador.

Sabiendo que la actitud ecuménica e interreligiosa tiene delante de sí caminos largos y difíciles, especialmente con el Islam, el Papa alienta a los misioneros a perseverar con fe y caridad en su testimonio cotidiano, convencidos de que «el diálogo es un camino para el Reino y de que son seguros sus frutos, aunque los tiempos y momentos los tiene fijados el Padre»<sup>53</sup>.

53. *Redemptoris missio* 57.

## Una mirada a las misiones de san Juan Bosco hoy

La actividad misionera es hoy multiforme y dúctil: al criterio geográfico se han añadido los sociológicos y culturales. Hay, pues, una evolución y una movilidad que no es fácil adecuar a enumeraciones fijas. A pesar de ello, el Papa insiste en afirmar que continúan siendo claras las notas sustanciales que especifican la actividad misionera.

A nosotros nos es útil meditar sobre esta evolución y sobre esta permanencia, aplicándolas a nuestras misiones.

En efecto, actualmente, gracias a muchos misioneros, han llegado a madurez no pocas Iglesias particulares en pueblos que hace varias décadas todavía no conocían a Cristo. Sin embargo, en esas mismas regiones «existen todavía grandes áreas en que las Iglesias locales o no existen en absoluto o son insuficientes con respecto a la extensión del territorio y a la densidad de la población»<sup>54</sup>, es decir, donde la etapa de la plantación de la Iglesia no se ha desarrollado suficientemente; «el multiplicarse de las Iglesias jóvenes en tiempos recientes —admite la encíclica— no debe crear ilusiones»<sup>55</sup>.

54. *Redemptoris missio* 49.

55. *Redemptoris missio* 37.

Así pues, en tales áreas sigue en pie la tarea de formar comunidades cristianas que sean verdaderamente signo de la presencia de Cristo en la vida humana, aunque ya esté constituida una estructura diocesana fundamental: hay que seguir, para realizar una evangelización más profunda.

Por otra parte, puede haber sectores de población y ámbitos socioculturales especiales que todavía no conocen a Cristo.

Esto nos lleva a otro aspecto que debemos considerar seriamente: el de los diversos carismas —por ejemplo, el nuestro—, aprobados por la Sede Apostólica para la Iglesia universal y que han sido suscitados por el Espíritu precisamente para evangelizar

determinados sectores sociales o ámbitos culturales.

Nuestro carisma fue suscitado en favor del mundo juvenil y de los ambientes populares. «Dirás —observaba Don Bosco hablando de las misiones a Francisco Cerruti— que ya hay allí [en aquellas tierras lejanas] [religiosos de] otras Congregaciones. Es verdad; pero nosotros vamos a ayudarles y no a suplantarlos, ¡recuérdalo bien! Ellos suelen dedicarse principalmente a los adultos; nosotros debemos ocuparnos especialmente de la juventud, máxime de la más pobre y abandonada»<sup>56</sup>.

56. *Memorias Biográficas*  
XVIII, 49.

Nuestra Congregación asume, sobre todo, la tarea de llevar a las Iglesias jóvenes de esos países lejanos el don de su especialidad evangelizadora, es decir, la capacidad de educar en la fe a los jóvenes más necesitados y a los ambientes populares. Es claramente un don para colaborar en la edificación de la Iglesia local en sectores o ámbitos donde hay alguna carencia especial de Evangelio.

Ciertamente, esto puede realizarse también en Iglesias ya suficientemente establecidas, dado que los tres niveles indicados por la encíclica (actividad misionera, cuidado pastoral y reevangelización) se encuentran fácilmente y se superponen incluso en los países llamados cristianos.

Si eso es así, ¿no somos quizá misioneros casi en todas partes?

En sentido general, sí: el de la misión fundamental de la Iglesia, que estimula nuestro celo apostólico para dar a conocer a Cristo y su Evangelio a los jóvenes; somos en todas partes misioneros de los jóvenes.

Sin embargo, no lo somos por doquier en el sentido propio y específico de las misiones *ad gentes*. Para ser misionero en este sentido estricto, se requieren, también en nuestra Congregación, algunas condiciones peculiares:

- vivir personalmente, por inspiración o por dispo-

nibilidad particular en la obediencia, una vocación característicamente misionera *ad gentes*: «Cristo Señor llama siempre, de entre la multitud de sus discípulos, a los que quiere, para que lo acompañen y para enviarlos a predicar a las gentes»; así, los misioneros «tienen una vocación especial»<sup>57</sup>.

57. *Ad gentes* 23.

58. cf. *Ad gentes* 23.

59. Cf. *Redemptoris missio* 65.

- ser «enviados por la autoridad legítima» para llevar la fe a los que están lejos de Cristo<sup>58</sup>; esto lleva consigo, de hecho, salir de su patria y cultura;
- dedicarse generosamente al servicio de la evangelización completa, sin límites de fuerzas y de tiempo<sup>59</sup>;
- esforzarse constantemente, aunque cueste, por encarnarse lo más posible en el pueblo y en la cultura de los nuevos destinatarios;
- desear seguir en ello durante toda su vida; es un aspecto que —dice la encíclica— «conserva toda su validez: representa el paradigma del compromiso misionero de la Iglesia, que siempre necesita donaciones radicales y totales, impulsos nuevos y valientes... sin dejarse amilanar por dudas, incomprendimientos, rechazos o persecuciones»<sup>60</sup>.

60. *Redemptoris missio* 66.

Dando una mirada a los cien años de actividad misionera de nuestra Congregación, comprobamos que en varias zonas se ha dedicado también, y en algunos casos lo hace todavía, a la plantación de la Iglesia. Sin embargo, en general, sobre todo últimamente, se ha ido encarnando en Iglesias jóvenes del Sur y del Oriente, para realizar en ellas la peculiar misión juvenil y popular del carisma de san Juan Bosco. En algunos casos, después de haber llevado a cierta madurez la edificación de la Iglesia local, ya constituida en diócesis, ha transformado su presencia pasando de la responsabilidad global a la peculiar de nuestro carisma.

Lo que vale la pena poner de relieve es que todas estas actividades específicamente misioneras no

han sido hechas por individuos particulares con un plano personal, cada uno por su cuenta, sino que, precisamente en virtud de su vocación salesiana, han sido enviados a colaborar en un proyecto misionero común, dirigido por la Congregación. Ésta, en cuanto instituto de vida consagrada, tiene un alma misionera y asume generosamente sus responsabilidades; entre otras, la de hacerse cargo de los misioneros en cuanto tales —de su vocación especial, de su formación y de su destino— y la de seguirlos en todo el desarrollo de su compromiso *ad gentes*.

Nuestro Fundador quiso dejarnos en herencia una tarea misionera que hay que cuidar y promover, y nos dio ejemplo de ello con grandes sacrificios<sup>61</sup>.

Ya el decreto conciliar *Ad gentes* nos invitaba a preguntarnos seriamente si estábamos en condiciones de ampliar nuestra actividad misionera, revisando quizás algunas obras de países ya cristianos para dedicar mayores fuerzas a las misiones<sup>62</sup>. Gracias a Dios, podemos decir que hemos respondido generosamente a esta llamada: ¡cuántas inspectorías han dado el paso adelante con sacrificio y audacia, y siguen en la brecha!

Pero también es cierto que siempre puede hacerse más y mejor. Es precisamente la llamada que deseamos atender de la nueva encíclica.

No se tratará sólo de intensificar los sacrificios, sino también de un verdadero y abundante enriquecimiento de autenticidad salesiana.

El XXIII Capítulo General pidió que se mejorara, en todas nuestras presencias, la calidad pastoral. Pues bien, la encíclica nos asegura que, incrementando la actividad específicamente misionera, hallaremos el secreto y el impulso para alcanzar un nivel más alto en toda la actividad pastoral, pues en las misiones se experimenta mejor que el Evangelio es

61. Cf. *Actas del Consejo Superior*, núm. 297, julio-septiembre de 1980: «Nuestro Fundador nos vio en África».

62. Cf. *Ad gentes* 40.

la preciosa «buena noticia» para hoy y que la fe de los salesianos se hace más viva cuando proclama los acontecimientos de Cristo.

La actividad misionera nos hace descubrir también la originalidad de nuestra peculiar pastoral juvenil. Basta pensar, por ejemplo, en el oratorio salesiano. En algunas diócesis beneméritas hay ejemplos admirables de oratorios parroquiales para los hijos de las familias cristianas de la comunidad local; hacen mucho bien. En cambio, el oratorio de san Juan Bosco está concebido, desde una perspectiva misionera, para los jóvenes que no tienen parroquia, porque «la misión es más amplia que la comunión»<sup>63</sup>; en él un grupo de jóvenes más maduros en la fe se convierten en apóstoles de sus compañeros («jóvenes para los jóvenes») y los salesianos se sienten llamados a considerarse de manera concreta misioneros de los jóvenes.

Así pues, la actividad misionera de nuestra Congregación está llamada hoy a crecer en intensidad y calidad, y también a estimular la calidad pastoral de todas las presencias y a relanzar el oratorio de san Juan Bosco en cuanto criterio permanente de discernimiento y renovación de todas nuestras actividades y obras<sup>64</sup>.

63. *Redemptoris missio* 64.

64. Cf. *Constitutiones*, art. 40.

### Espiritualidad salesiana para nuestros misioneros

La actividad misionera no se basa directamente en las capacidades humanas, aunque tengan un papel importante. El protagonista de toda la misión de la Iglesia es el Espíritu Santo, que llama, ilumina, guía, da aliento y eficacia; su obra resplandece de modo eminente en la misión *ad gentes*<sup>65</sup>. El misionero está invitado a ponerse en sintonía especial con el Espíritu del Señor.

La encíclica, en su último capítulo, trata precisa-

65. Cf. *Redemptoris missio*, cap. III.

mente de la espiritualidad misionera. Leyendo con atención sus breves párrafos, podemos aplicar su contenido a la herencia espiritual de san Juan Bosco, tal como la describimos en la circular sobre la espiritualidad salesiana para la nueva evangelización<sup>66</sup>. La espiritualidad misionera, para nosotros, no es distinta, sino la misma, aunque intensificada y particularmente iluminada desde la óptica del envío *ad gentes*.

Ante todo, se trata de que nuestros misioneros se sientan fuertemente arraigados en el poder del Espíritu Santo, que hizo misionera a toda nuestra Congregación. Esto comporta en ellos una intensificación de la vivencia de fe, esperanza y caridad, que mantiene en una actitud constante de unión con Dios en una penetrante actitud de éxodo, que hace pensar en la kenosis y en la encarnación del Verbo. La encíclica pone precisamente como primera condición el «dejarse guiar por el Espíritu... La misión [es] difícil y compleja... y exige la valentía y la luz del Espíritu... Hay que orar»<sup>67</sup>. Dice también el Papa: «El contacto con los representantes de las tradiciones espirituales no cristianas, particularmente las de Asia, me ha confirmado que el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación»<sup>68</sup>. Nunca será superfluo insistir en la necesidad de meditar la Palabra confrontándola con la mentalidad y las situaciones de la gente, así como en el esfuerzo continuo de construir comunidad mediante una predicación constante y adecuada del Evangelio.

En cuanto a los elementos principales, expuestos en la citada circular, podemos observar que:

- *la interioridad apostólica*, caracterizada por la caridad del «da mihi ánimas» —con su gracia de unidad, que une desde dentro consagración y misión—, pone al misionero salesiano en una si-

66. *Actas del Consejo General*, núm. 334, octubre-diciembre de 1990.

67. *Redemptoris missio* 87.

68. *Redemptoris missio* 91.

tuación de saber traducir su contemplación de Dios a éxtasis de la acción. Su fe disponible y operativa está calcada sobre la de Abrahám, padre de los creyentes, que deja todo y se pone en camino; un éxodo que lleva consigo la efusión de la propia interioridad, difundiendo en el mundo una espiritualidad juvenil concreta:

- *la centralidad de Cristo buen pastor*, que exige del salesiano una actitud pedagógico-pastoral peculiar, ayudará al misionero a ir a sus destinatarios, partiendo del contexto de los más pobres y abandonados, con una actitud de bondad dialogante, como hacía Jesucristo, apóstol del Padre. La encíclica subraya, precisamente, el saber vivir el misterio de Cristo, enviado, como lo describe san Pablo: «se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos». Un despojarse de sí mismo, que manifiesta el amor que se hace todo para todos<sup>69</sup> y convive con los destinatarios, no tanto en cuanto destinatarios, sino como hermanos en Cristo y en la misma comunión de esperanza;
- *la tarea educadora como misión*: es una nota característica, que procede de la índole peculiar del carisma salesiano; se trata de una espiritualidad que dé verdadero relieve a los aspectos educativos siguiendo la estrategia de san Juan Bosco. Esto invita al misionero a tomar en serio numerosos elementos de maduración humana que no apartan de la evangelización, sino que la promueven de modo realista; sería interesante, al respecto, dar una mirada a las tareas concretas que acometieron nuestros primeros misioneros en tal sentido; pensemos, verbigracia, en las obras de promoción en Patagonia o en el ejemplo de monseñor Vicente Cimatti, que recorría las principales ciudades de Japón dando conciertos de música. También la encíclica habla de promover el desa-

69. Cf. *Redemptoris missio*  
88.

rollo mediante la formación de las conciencias<sup>70</sup>. El Papa, además, en una carta a los religiosos de América Latina, recuerda que muchos misioneros, en su convivencia con los indígenas, «se hicieron labradores, carpinteros, constructores de casas y templos, maestros de escuela y aprendices de la cultura autóctona, así como promotores de una artesanía original»<sup>71</sup>; el estilo salesiano en la educación comporta igualmente la facilidad de convivencia con la gente, la austeridad de vida, el sentido pedagógico de lo cotidiano, y el clima de simpatía en la sencillez;

- *la concreción eclesial* sitúa a todo salesiano en el corazón de la Iglesia; por tanto, el misionero vive y actúa en ella y para ella, sobre todo en la delicada etapa de su edificación; la adhesión convenida al magisterio del Papa y de los pastores es, para nosotros, una fuerte herencia espiritual, que debemos cultivar en toda Iglesia local; la encíclica afirma que «sólo un amor profundo a la Iglesia puede sostener el celo del misionero...; este amor hasta dar la vida es para el misionero un punto de referencia»<sup>72</sup>;
- *la alegría en el trabajo* nos recuerda, a los salesianos, que nacimos en el «collado de las bienaventuranzas juveniles» y que la alegría es una nota característica de nuestra espiritualidad juvenil; el misionero se sentirá, por consiguiente, en la necesidad de difundir a su alrededor el perfume de la alegría cristiana; la encíclica recuerda precisamente que todo misionero debe ser el hombre de las bienaventuranzas: «La característica de toda vida misionera auténtica es la alegría interior que procede de la fe; en un mundo angustiado y oprimido por tantos problemas y que tiende al pesimismo, el anunciador de la Buena Nueva ha de ser un hombre que ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza»<sup>73</sup>;

70. *Redemptoris missio* 58.71. *Carta apostólica de Juan Pablo II a los religiosos y religiosas de Latinoamérica con ocasión del V centenario de la evangelización del Nuevo Mundo*, L'Osservatore Romano, 27 de julio de 1990.72. *Redemptoris missio* 89.73. *Redemptoris missio* 91.

- *la dimensión mariana*: toda la actividad salesiana, y con mayor razón la misionera, se considera en nuestra Congregación como participación en la maternidad eclesial de María, invocada como Auxiliadora; la encíclica desea que, en vísperas del tercer milenio, toda la Iglesia sepa reunirse, como los apóstoles, «en el cenáculo con María, la madre de Jesús, para implorar el Espíritu y obtener fuerza y valor para cumplir el mandato misionero...; es ella, María, el ejemplo del amor materno que deben sentir quienes, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres»<sup>74</sup>.

74. *Redemptoris missio* 92.

Si la dimensión misionera es verdaderamente elemento esencial de nuestro carisma, quiere decir, por una parte, que exige de nuestra espiritualidad una luz y una fuerza especiales para hacerse presente y operante en las misiones, y, por otra, que la óptica misionera da profundidad y hace más genuina la espiritualidad salesiana.

### *Todos, en comunión y participación activa*

Las misiones salesianas se apoyan vitalmente, desde los años de san Juan Bosco, en una responsabilidad y una cooperación que van más allá de la actividad directa de los misioneros; implica a toda la Congregación y, por su medio, a la numerosa familia salesiana.

Es ciertamente importante dar relieve a estos dos aspectos de amplia responsabilidad y de vasta cooperación.

Si nuestra Congregación es misionera, quiere decir que todos sus miembros comparten tal responsabilidad; no sólo los que desempeñan un papel de animación y guía —sobre todo, Rector Mayor y Consejo General, inspectores y consejos inspectoriales—, sino también las comunidades locales y cada uno

de los salesianos. Un sentido de solidaridad convenida debe mover a todos a suscitar iniciativas de conocimiento, de oración, de apoyo, de ayuda y de comunión.

En particular, las inspectorías —¡son muchas!— que se han comprometido de forma concreta en alguna región extranjera, deben seguir con seria atención y generosa colaboración las indicaciones de coordinación que, por voluntad del XXIII Capítulo General, dé el consejero general de misiones.

Hemos dicho que, al respecto, empieza una etapa nueva. Lo cual no significa suspensión o disminución de los compromisos inspectoriales, sino más bien un modo mejor coordinado de crecer. Esto exige una prestación aún más generosa y cualificada de apoyo e intervenciones, particularmente en el ámbito de la formación del personal autóctono.

Entre las iniciativas que hay que desarrollar en las inspectorías y en las casas, con miras a una vasta cooperación, está la que tanto gustaba a san Juan Bosco: despertar la sensibilidad misionera en los distintos grupos de la familia salesiana, a través de los medios de información, en los movimientos juveniles, en la pastoral vocacional y, en general, en las personas que sienten admiración por las misiones.

Aquí me parece obligado recordar la importancia que siempre ha tenido el Boletín Salesiano para dar a conocer nuestras misiones. Hoy hemos de difundirlo más que antes, y los misioneros deben sentirse implicados personalmente enviando sus interesantes reportajes y material fotográfico bien seleccionado y expresivo, como exige la prensa moderna.

Un aspecto que hay que promover con interés es el voluntariado, no sólo entre jóvenes, sino también entre adultos. Ya hay ejemplos muy positivos al respecto.

Merecen alabanza y ha de ser promovidas las diversas «procuras», con sus diferentes fisonomías, que no sólo han ayudado y apoyan de modo providen-

cial un sinnúmero de actividades misioneras, sino que se han convertido también en centros de información y de animación.

Vale la pena destacar, por último, que la encíclica pone en el primer lugar la cooperación espiritual. «La oración debe acompañar el camino de los misioneros, para que el anuncio de la Palabra resulte eficaz por medio de la gracia divina... A la oración es necesario unir el sacrificio: el valor salvífico de todo sufrimiento, aceptado y ofrecido a Dios con amor, deriva del sacrificio de Cristo... El sacrificio del misionero debe ser compartido y sostenido por el de todos los fieles... Recomiendo —exhorta el Papa— [que se instruya a] los enfermos sobre el valor del sufrimiento, animándolos a ofrecerlo a Dios por los misioneros. Con tal ofrecimiento los enfermos se hacen también misioneros»<sup>75</sup>.

75. *Redemptoris missio* 78.

Hay que reconocer de verdad que la total y constante dedicación a las misiones sacude espiritualmente e introduce más íntimamente en el misterio de Cristo.

### **El Señor prepara una nueva primavera de la fe**

El Santo Padre, aun reconociendo que la Iglesia afronta una tarea muy compleja y verdaderamente superior a sus fuerzas, usa en la encíclica un tono entusiasmante y optimista. No es que no vea los problemas y aspectos difíciles y poco alentadores: «Si se mira superficialmente a nuestro mundo —afirma—, impresionan no pocos hechos negativos que pueden llevar al pesimismo»; pero si la mirada se potencia mediante una fe auténtica y contemplando la bondad misericordiosa del Padre, la inconmensurable solidaridad humana de Cristo y la presencia y poder transformador del Espíritu, entonces se abre una perspectiva de fuerte esperanza. El Pa-

pa quiere, de algún modo, poner fecha a esta esperanza; ve en el gran jubileo del año dos mil un punto concreto de referencia. «En la proximidad del tercer milenio de la Redención —afirma—, Dios está preparando una gran primavera cristiana, cuyo inicio ya se vislumbra»<sup>76</sup>.

Cabe pensar verdaderamente que el concilio ecuménico Vaticano II fue una gran señal de arranque, seguida de otras muchas señales prometedoras.

También nuestro XXIII Capítulo General describe con optimismo, en rápidas pinceladas, el camino recorrido por la Congregación hacia la nueva evangelización<sup>77</sup>. La encíclica añade: «Toda la Iglesia está [hoy] comprometida todavía más en el nuevo adviento misionero... La causa misionera debe ser la primera, porque concierne al destino eterno de los hombres y responde al designio misterioso y misericordioso de Dios»<sup>78</sup>.

En vísperas, pues, del tercer milenio, nos sentimos invitados a esperar, a renovar con alegría el entusiasmo de los orígenes, a comprometernos todavía más, a apoyar en la tarea misionera el relanzamiento de toda la actividad evangelizadora y a sentirnos contagiados, pues somos salesianos, por lo que dijo el Concilio a los jóvenes, al presentarles el rostro siempre joven de la Iglesia, que, «rica en un largo pasado que siempre vive en ella y caminando hacia la perfección humana en el tiempo y hacia los objetivos últimos de la historia y de la vida, es la verdadera juventud del mundo. Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la capacidad de alegrarse con lo que empieza, de darse sin esperar recompensa, de renovarse y de partir de nuevo hacia nuevas conquistas»<sup>79</sup>.

La alentadora afirmación de que «la actividad misionera está sólo en sus comienzos» hay que interpretarla dentro de esta actitud de esperanza, para vivir estos comienzos con el impulso fuerte de los

76. *Redemptoris missio* 86.

77. *Educar a los jóvenes en la fe*, XXIII Capítulo General, Roma [Madrid] 1990, núms. 1-14.

78. *Redemptoris missio* 86.

79. *Mensaje a los jóvenes*, 8 de diciembre de 1965.

orígenes de la Iglesia y de nuestro carisma. «Los horizontes y posibilidades de la misión se amplían»; pero vivimos una hora especial de Espíritu Santo, que es el verdadero «protagonista de la misión».

Estamos invitados a imitar a los Apóstoles reunidos en el cenáculo con María para implorar y obtener la presencia y el poder del Espíritu.

El Santo Padre encomienda toda la tarea misionera al amor materno de la Virgen María. También nosotros confiamos filialmente en ella, Madre de la Iglesia y Auxiliadora de todos los pueblos.

San Juan Bosco entregó a Juan Cagliero, jefe de la primera expedición misionera y futuro cardenal, un documento, fechado el 13 de noviembre de 1875, con algunos recuerdos para los salesianos misioneros. Los exhortaba así: «Haced lo que podáis; Dios hará lo que no podamos nosotros. Confiad todo a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, y veréis lo que son los milagros»<sup>80</sup>.

80. *Memorias Biográficas*  
XI, 395.

Con esta confianza, que para nosotros es herencia sagrada, intensifiquemos en todas partes nuestro compromiso por Cristo y su Evangelio: si multiplicamos el compromiso misionero, seremos todos, en la Congregación, misioneros de los jóvenes.

A todos, especialmente a los misioneros *ad gentes*, un saludo agradecido y mi recuerdo diario en la Eucaristía.

Con afecto en san Juan Bosco,

EGIDIO VIGANÓ